

M. Sr. Juan f. G. Velloso
Afectuosamente
OSVALDO SAAVEDRA

CUESTIÓN FEMENINA

DRAMA EN 3 ACTOS

POR

BARÓN DE ARRIBA



BUENOS AIRES

DEL MISMO AUTOR

Risa Amarga, crítica política y social 1 vol.

PRÓLOGO

La mujer, compañera del hombre, oasis de su vida y fuente de toda inspiración, es una desgraciada.

El matrimonio indisoluble en la monogamia, el honor en la lealtad conyugal y la honestidad en el celibato, son ya limitaciones de su vida social y fisiológica que han debilitado sus energías y aptitudes para trabajos semejantes á los del hombre. Luego el misterio de la muerte y las amenazas del fuego eterno con que la asusta la religión, han completado la personalidad esencialmente femenina que es sinónimo de debilidad física y moral.

Pero estas formas que nuestra civilización considera indispensables para la moralidad y el orden de la familia, empiezan á ser insostenibles dentro de la actualidad económica del mundo, y la mujer se encuentra llena de responsabilidades sociales y sin punto de apoyo en la vida.

Apartemos la vista de las que son felices. La mujer que se casa y llega á ser madre conservando el amor de su esposo y el respeto de sus hijos, ha realizado la más noble aspiración femenina,

pero esa conquista es excepcional, y la legislación tiene el deber de procurar el bienestar para todos.

La corriente del siglo es esencialmente económica, y el crecimiento de la especie humana suscita cada día mayores competencias y dificultades en la lucha por la vida. El egoísmo se agranda y el hombre esquivo el matrimonio para substraerse á las obligaciones que impone la familia. El cálculo aplasta al amor. Entretanto la mujer sigue recibiendo una educación de puros adornos que parece tener por principal objeto embellecerla para cautivar; pero el hombre demasiado materialista resiste estoico á esas monadas y hasta se burla de los afeites femeninos. ¿Qué hace la pobre mujer con su caudal de atractivos, ilusiones y esperanzas?

La pubertad, esa aurora del amor, colora en su imaginación los vagos lineamientos de un ideal, pero ese sueño se desvanece pronto como una quimera.

La amarga experiencia le enseña que los sueños sueños son, que en la práctica de la vida no puede elegir sino aceptar un hombre, si es tan afortunada que alguno se le ofrezca, y para asegurar ese éxito, esa menguada suerte, le es forzoso lanzarse en una cierta especulación de encantos en la que suele perder su decoro como las mariposas su esmalte al pasar por los dedos de los niños que juegan con ellas.

¿Qué pasiones, qué luchas, qué lágrimas, qué contorsiones, qué falsías, qué impudicias, qué

crímenes no se desarrollarán á solas en la vida íntima de la mujer que en el curso de su vida no ha podido realizar su destino natural y legalmente?

Y todo ¿por qué? Porque el orden social no guarda armonía en el conjunto. Se altera la faz económica por razones evolutivas y se mantiene el orden moral y religioso que correspondía á otros tiempos.

La imposibilidad de realizar una vida regular dentro de ese desequilibrio de instituciones y costumbres, engendra la corrupción clandestina, la perversión decente, que en realidad no es sino la expansión de la vida conforme á las necesidades creadas por la civilización, y la mujer para amoldarse á su órbita, miente, finge, engaña, traiciona y sufre porque no puede vivir dentro de la verdad convencional.

Este orden de ideas me ha llevado á crear á Leda, una hija intangible del arte dramático, que tiene de alma el espíritu que he encontrado en la mujer de una cierta clase social, en esa mujer que recibe una educación inadecuada á sus recursos y que la hace víctima de su refinamiento intelectual porque adquiere gustos y tendencias que no puede realizar por sí misma.

ACTO I

PERSONAJES

Doña Mercedes.

Su hija, Leda.

Don León, tío de Leda.

Lucía, viuda, amiga de
Leda.

Arturo, estudiante.

Doctor Germán Robles.

Carlos Herzfeld.

Alice.

Marta, sirvienta.

Pedro, sirviente del Dr.
Robles.

La escena en Buenos Aires

Estrenado por la Compañía Galé, en el teatro «La Zarzuela»
el 13 de Septiembre de 1897.

ACTO I

La escena representa una sala de modesta apariencia en casa de doña Mercedes. A la izquierda el estrado, piano en el ángulo izquierdo. Puerta principal al fondo y otra á la derecha.

Al tiempo de levantarse el telón, doña Mercedes sentada en un sofá, hace una labor.

ESCENA I

Marta, doña Mercedes, luego don León

Marta

(anunciando desde la puerta del fondo)

El señor don León.

Mercedes

(con cierto abatimiento) Házlo pasar.

León

(con cariño) ¿Cómo está mi buena amiga?

Mercedes

Sólo así se puede ver á usted por acá.

León

La verdad es que no debía esperar que mandase usted á llamarme para tener el gusto de verlas,

pero, que quiere usted, no siempre hace uno lo que más le agrada.

Mercedes

Ah! muy bien que si le agradase á usted vernos no se nos habría retirado de aquí. Así dice Leda todos los días: ¿pero qué será de tío León, que ya no nos visita?

Hace bien, huya de las tristezas. Feliz de usted que no tiene sinsabores.

León

¿A quién le faltan pesares?

Mercedes

(*con amargura*) ¡Ah! me dieran á mí sus penas!

León

No niego que serían á usted menos sensibles, por aquello de que los males del prójimo son llevaderos.

Mercedes

Ningunos comparables con los de una madre, pobre y vieja, á un paso de la tumba, que mira incierta.... peor que eso todavía, comprometida la suerte, y quizás hasta el honor de su única hija, para la que anhela con toda su alma una paz imperturbable (*lloriquea conmovida*).

León

·Vamos, no amargue usted sus días; ¿qué es lo que sucede? ¿le ha dado algún disgusto Leda? ¡Es tan viva esa muchacha! ¡Oh! las mujeres inteligentes.....!

Mercedes

(*reaccionando*) Yo necesito de su influencia y de sus consejos de hombre serio, por eso he mandado á llamar á usted. Quiero agotar todas mis fuerzas morales en velar por la suerte de mi hija, y no debo ocultar á las personas de la familia su comportamiento social para que la juzguen y, si pueden la corrijan. Quiero salvar mi responsabilidad ante Dios, ante mi conciencia, ante la sociedad y ante la familia de su padre.

León

Pero ¡por Dios! ¿de qué se trata? ¡se me figura que está usted exagerando! Ya sabe usted que yo no le merezco á Leda mucho respeto, porque dice que los solterones somos enemigos del orden social. No es fácil, pues, que mis consejos influyan en su espíritu, pero en fin, no quiero negar á usted mi concurso para todo lo que usted me considere útil.

Mercedes

Perfectamente. Usted sabe que aquí visitan dos caballeros, festejantes de Leda. Arturo, ese joven

estudiante que usted conoce, y el doctor Germán Robles, con quien no sé si ha tenido usted ocasión de encontrarse alguna vez, persona muy estimable, hombre serio y de posición definida. Los dos festejan á Leda y ella los atiende á los dos, mejor dicho, á los dos los engaña. A cada uno le hace creer que el otro tiene una loca pasión por ella y que quiere casarse inmediatamente: que aquél es el que yo protejo, que á éste le hago oposición, que ella está desesperada, pero que á ella el otro le es indiferente, que á quien verdaderamente ama es á él, es decir, al que está presente; y á los dos les dice lo mismo, los maneja como muñecos, y aparezco yo haciendo oposición á uno y otro, y tengo que habérmelas con la mala voluntad de éste y de aquél, y ambos me miran con mirada hosca, con cara airada, me satirizan, me zahieren, mientras ella alternativamente reparte entre ambos sus halagos y escucha de los dos secretos y confidencias. Usted comprende que esto es sumamente informal y puede tener consecuencias desagradables. Y cuando á solas le pido cuenta de su conducta, me contesta, queriendo persuadirme de que obra muy bien: -- mamá, estos son otros tiempos; tú eres una señora antigua, de la época en que cada mujer y cada hombre nacían para casarse; hoy se casa la que puede, el hombre elude el matrimonio, déjame evolucionar. Y si quiero imponerle

mi autoridad de madre, se me revela, me dice que es mayor de edad; y aquí me tiene usted reducida en mi propia casa á un rol secundario desobedecida y con la responsabilidad de la familia. ¿No le parece á usted que esto es atroz?

León

A la verdad, señora, que no comprendo lo que se propone Leda con ese modo de ser. Porque todas las muchachas aspiran á casarse y desean naturalmente tener un novio, pero dos..... no me lo explico. (*Aparte*) Comprendería uno de reposición para después.

(*alto*) Será preciso que yo hable con ella y penetre sus intenciones. Trataré de que me desarrolle su plan. ¿No está Leda en casa?

Mercedes

¿Cómo no! si hoy es día que ella recibe á sus visitas. No debe saber Leda que está usted aquí (*llama*).

Marta

¿Señora?

Mercedes

¿La niña sabe que está su tío?

Marta

Sí, señora, viene en seguida; está arreglándose.

ESCENA II

Los mismos, Leda

Leda

(entrando derecho hácia don León y estrechándole las manos entre las suyas con zalamería)

¡Cómo se improvisa la dicha! No esperaba tener el gusto de ver á usted por acá *(le pone la frente para que la bese)*.

León

(besándola) Es que es peligroso visitar á una sobrina tan traviesa como tú y tan disputada.

(Doña Mercedes váse)

Leda

¿Es galantería ó burla?

¿Quién le ha dicho á usted que yo soy disputada?

León

¡Ah! es un eco social; se habla mucho por ahí de tus pretendientes, de sus luchas, de oposiciones.

Leda

Sí, véngame con esas á mí; esas son cosas de mamá.

León

Cuéntame, cuéntame todo ; ya sabes que tu suerte me interesa. Acaso tendré algún buen consejo que darte. Los hombres de mundo sabemos cómo se caza un marido.

Leda

(*con aire reflexivo*) ; Un marido ! He ahí la cuestión femenina, he ahí la cuestión social de la mujer.

La sociedad educa á la mujer para vivir á expensas del hombre : un marido es su posición ; si no lo encuentra, perece.

León

Tienes razón, Leda, se ha hecho del hombre en la familia una bestia de carga. ¿Será para no recargar á uno, que tú te procuras dos ? Te advierto que aquí no es permitida la poliandria.

Leda

Ya veo tío, que mamá le ha participado sus alarmas, sus escrúpulos, porque atiendo á dos que me festejan. ¿Pero por qué he de rechazar á uno si el otro no se decide ?

Cosas de señora antigua.

Mi santa madre, creada en tiempos más cándoros ; qué sabe la pobre de la lucha por la vida ? Casóse joven, con un hombre que la amaba, que le consagró su vida, de quien siempre recibió todo,

y puede decirse que hasta ahora vivimos de su trabajo, puesto que tenemos una pensión por sus buenos servicios, y ella en la sencillez de sus ideas cree que eso mismo ha de reproducirse para mí. Siempre me dice: tú eres una niña inteligente, joven, bonita, bien educada, que sabe muchas cosas ; cómo no has de tener seguro el porvenir ? ; Pobre mamá ! No piensa que no sé lo más esencial : trabajar, que eso no se le enseña á la mujer de mi condición y que esa facultad no se improvisa en los tiempos de miseria. Entonces, forzosamente si uno es joven se corrompe, y si vieja, mendiga.

Y bien tío, (*abandonando el aire reflexivo*) es preciso no quebrantarse, no dejarse envolver por las sombras, aburrimientos ; negras ideas ! volad... volad (*sopla el aire y hace movimientos de despejar el ambiente*).

León

(*imitándola*) Si, volad, volad... pájaros... volad.

Leda

(*festiva*) En mi situación social, tío, yo tengo un capital : mi juventud ; no es cierto ? con la cual tal vez podré adquirir un marido. Como este capital no se puede guardar, porque se seca como una flor ; ni se puede poner á interés, porque pierde su valor intrínseco, que es la honra de la mujer, hay que invertirlo, é invertirlo pronto en un

marido, adquirir la bestia de carga, como usted ha dicho, para hacer más fácil el camino de la vida. Entonces, yo especulo.

Cuando el hombre tiene capital ¿no se lanza á los negocios?

Hasta sin capital ¿no lo vemos venderse á las mujeres ricas? Yo pongo en juego el mío.

León

Advierte que toda especulación es aleatoria, con más probabilidades de perder que de ganar, porque el error siempre va delante del acierto; y tu capital es frágil, se rompe ó se mancha fácilmente.

Leda

Las averías también tienen colocación en el comercio. Pero vamos á mi plan, á ver que me dice usted, señor hombre de mundo.

(con énfasis) Le prevengo que es todo un plan psicológico.

Helo aquí: el matrimonio.....

León

(con fingida devoción, golpeándose el pecho)
Libreme Dios... *(murmura una oración).*

Leda

El matrimonio es el resultado del amor ó del cálculo. Como yo soy pobre no puedo esperar

que un hombre se case conmigo si no es por amor.

El amor es una escitación, una fiebre que, según su intensidad, conduce á extravíos más ó menos peligrosos. Hay dos edades propicias para sentirse loco de amor: la primera juventud, por la impetuosidad de la vida, y la última juventud por la proximidad de la muerte.

Los viejos se agarran al amor como un náufrago á un salva-vida, solamente que en lugar de salvarse se pierden más pronto. Sin alusión personal, tío.

León

La vejez del amor no se lleva en la cara... se encuentra en el corazón.

Leda

Si mi raciocinio no es equivocado, escitando á un joven y á un viejo ¿ cómo uno ú otro no ha de caer? ¡ Sería más que desgracia, por Dios !

León

¿ Y estás segura de no ser tú la que caiga? Porque para jugar al amor con dos hombres es preciso tener naturaleza de hielo ó de piedra, ser insensible, dueña de sí misma en todos los momentos, y se me figura que tú eres más apta para amar que para burlarte de un admirador de tu belleza.

Leda

Yo no desconozco todos los riesgos de mi empresa; sé perfectamente á lo que me expongo, pero no hay vida sin peligros; al fin no sería el primer capital que se arruinára. Entretanto, sigo adelante con mi sistema.

Las contrariedades y privaciones son un incentivo del amor. Sentado este principio, yo contrario á mis pretendientes, les forjo oposiciones, les limito la libertad de hablarme, los hago rivalizar, suscito en cada uno la esperanza de poseerme, y le pongo al otro de obstáculo, y á los dos se los lleva el diablo, presas de una fiebre altísima.

León

La fiebre del amor es contagiosa, mi querida Leda. Eso que tú haces se llama jugar con fuego, y quien con fuego juega al fin se quema. No desconozco que la situación pasiva, árida, incierta que nuestras costumbres le han creado en sociedad á la mujer, es en extremo cruel, exigente, egoísta. Tenerla allí sentada en medio al banquete de la vida esperando un hombre de buena voluntad que la lleve á disfrutar de la fiesta, de los manjares y golosinas que escitan su apetito, con penas severas de espulsarla ignominiosamente si se come algo á escondidas, aunque á elló la impulse su naturaleza, y dejarla allí clavada para

siempre jamás á que se seque y se muera de hambre y de miseria si ningún comedido le ofrece su mano, comprendo, estamos de acuerdo, es brutal, pero á ese precio sois encantadoras; fuera de esos términos, difícilmente tendríais las mujeres honestidad, la más seductora de las bellezas femeninas. Por lo demás, no sabría decirte si haces bien ó mal en especular, como tú llamas, á esa forma de procurarte un marido. Hay ciertas empresas — y la tuya puede contarse entre ellas — que sólo el éxito justifica. Si lo consigues, habrás hecho bien. Simplemente te apunto los peligros. Conserva la honestidad, que es lo que rinde al hombre ante la mujer.

Leda

No lo creo. ¿No os gobiernan las bailarinas con su impudente desnudez? Lo que sí pienso es que no hay ventaja en perder la honestidad cuando no se tiene el oficio de ser deshonesto. Lo que enciende las pasiones es la dificultad.

León

En la forma son sinónimos: honestidad es dificultad.

Leda

Así es, y la sociedad lo que exige es llenar las formas. La consigna es que no se corra el velo.

León

(*admirado*) ¡Qué filosofía tan adelantada, señorita !

Leda

¡ Ay ! tío, eso también tiene de odioso el rol que se nos ha fijado. Lo sabemos todo y no podemos decir nada. Así es el papel de nuestra inocencia en la comedia humana. ¡ Cuánto más juicioso habría sido haber forjado la decencia de la mujer en un molde más humano ! Así seríamos más sinceras. La sociedad para adecentarnos nos ha impuesto un vicio : la hipocresía. ¿ Por qué no cambiar las formas del honor ? Al fin, qué son los delitos del amor, sino una invención de los hombres ? Hágame el servicio de creer, tío, que no soy una pervertida al lanzar estas ideas. La amargura, la desesperación, la impotencia para fijar mi suerte, me hacen analizar así la vida. Por lo demás, crea que odio el vicio ; he nacido para el bien. Dios lo ve en el fondo de mi conciencia ; pero, ¿ puede la mujer ser buena siempre que lo desea ? Tal vez, con una resignación de mártir. ¡ Es tan difícil armonizar el trabajo grosero con la educación delicada !

¿ Por qué nos educarán así á los pobres ?

León

Basta, chica, no nos engolfemos en reflexiones filosóficas.

Dime.....

ESCENA III

*Los mismos, Marta, luego Arturo,
doña Mercedes.*

Marta (interrumpiendo á don León).

Señorita, hay visitas.

Leda

Haz que pasen al momento.

León

(á Leda) Precisamente iba á preguntarte si vendrán hoy Arturo y el doctor ese. . . . no sé cuantos. Porque en tal caso voy á quedarme un rato más. ¿Sabes para qué? Para decirte lo que puedes esperar de ellos. Si las muchachas consultasen á los hombres de experiencia no se engañarían nunca sobre las intenciones de quienes las cortejan.

Leda

(dirigiéndose á recibir) ¡Adelante!

(Entra Arturo por la puerta del fondo y al propio tiempo doña Mercedes por la lateral).

Leda

¡Caballerito! sea usted muy bien venido.

Arturo

Gracias.

Leda

(*á don León*) Creo que usted conoce á este joven.

(*Después de saludarse toman asiento en el estrado dispuesto á ambos lados. Doña Mercedes en un sofá, á su lado Arturo, en el otro don León Leda de pie cumplimenta á Arturo*).

Arturo

(*á doña Mercedes*) ¿Usted se siente bien, señora? Tal vez el tiempo no le es muy favorable.

León

(*á Leda*) Si te vinieses á mi lado te haría una declaración.

Mercedes

(*á Arturo*) Así es, el tiempo húmedo no me permite respirar libremente.

Leda

(*á don León sentándose á su lado*) ¡Ah! yo no pierdo esa oportunidad.

Arturo

(*á doña Mercedes*) Los demás amigos ¿siempre constantes?

Mercedes

(*á Arturo*) Sí, siempre vienen todos.

León

(*á Leda, aparte*) Los muchachos de esta edad son unos simples. Les sobra fuerza y les falta valor. Lo quieren todo y no hacen nada ¿Es rico?

Leda

De esperanzas.

ESCENA IV

Los mismos, Lucía.

Lucía

(*golpeando las manos desde la puerta del fondo*)
¿Se puede?

Leda

(*corriendo á recibirla*) Esta es tú casa mi querida (*se abrazan y besan*).

(*presentando á Lucía á don León*) Mi amiga Lucía. . . . señora. . . . que fué.

León

(*saludándola*) ¿Señora que fué? ¿Sabes Leda que es muy anfibológica esa frase?

Arturo

Y hasta podría creerse mal intencionada, si no se tratase de amigas.

Mercedes

Son locuras de esta muchacha.

Leda

No hay tal ambigüedad. Una viuda joven ha sido señora y vuelve á ser *señorita*. ¿Qué *inconveniente* puede haber?

León

No, *inconveniente* ninguno.

Leda

(*aparte, á Arturo, sentándose á su lado*) ¡Qué deseo de poder consagrarme á tí! ¡Qué fastidiosas son estas visitas!

ESCENA V

Los mismos, Marta, luego Germán

Marta

(*anunciando*) El doctor Robles (*entra Germán*).

Mercedes

(*presentándolo á don León*) El doctor Germán Robles, (*á Germán*) el señor León Rivas (*salúdanse*).

(Durante la presencia de Arturo y Germán en la escena, Leda comparte con ambos sus halagos y confidencias).

León

(á Lucia) Ahora nos vamos á aprovechar de sus dotes musicales, que tanto admira Leda, y que yo deseo celebrar.

Germán á don León (designando á Lucia)

Hace aquí nuestras delicias, señor.

Lucia

(á don León) Benevolencia de esta gente.

León

(á Lucia, aparte) Donde hay festejantes es preciso que haya música, para que los secretos no se oigan.

Lucia

Ah! ¡qué bueno! ¿Qué te parece Leda lo que dice tu tío?

Leda

(á Lucia, pasándose al lado de Germán) ¿Qué te ha dicho, mi hija querida?

(aparte, á Germán) ¡Qué dichosos seríamos solos! ¿eh?

León

No puede repetirse; es un secreto entre los dos

Arturo

¡Ola! ¿Tan pronto? Son prohibidos los secretos.

Leda

(pasándose al lado de Arturo) En los secretos se estrechan las almas *(aparte, á Arturo)* Por eso me gusta hablarte bajo.

Mercedes

(á Lucía) Vaya, pues, Lucía, alegra esta reunión. *(á Leda, aparte)* Voy á hacer preparar el té *(váse)*.

Germán

Sí, que vaya al piano; ella es muy complaciente. Ahora verán ustedes como acepta mi invitación *(la conduce al piano)*.

Arturo, Leda, León

Sí señor, un poco de música.

Lucía

(preludiando) Si no me acuerdo de nada.

(Mientras Lucía y Germán conversan animosamente en el piano, se han apartado al centro de la escena don León y Leda para sostener el diálogo siguiente. Leda mira con interés hácia el piano y de cuando en cuando á Arturo, que recorre la sala examinando cuadros, etc.)

Leda

¿ Y su diagnóstico, tío ?

León

Muy malo; pierdes la partida. Los hombres como aquel (*señalando á Germán*) para casarse son utilitarios. Contigo se entretiene, y tal vez va á dedicarse á Lucía. Lo peor es que tú lo amas y tienes celos.

Leda

(*con desdén*) ; Qué voy á amar yo á ese viejo !

León

Amar es un instinto; hacerse amar una aptitud, que tiene algo de nativa y mucho de ejercitada, á tal punto que puede llegar á ser una fuerza irresistible: No son los jóvenes los más aptos para hacerse amar, aunque sean los más ardorosos.

Germán, Arturo, Lucía

(*convergiendo hácia León y Leda*) ; Cómo !
; cómo ! ; qué se habla ahí de amores ardientes ?

Arturo

Parece que ha habido una escena tremenda.

Leda

Nada, nada, nada, mi tío me ama paternalmente.
Me da consejos morales.

Lucia

Los parientes son sóbrios con lo que no pueden comer.

Germán

Suelen ser moralistas cuando la inmoralidad no les aprovecha.

Leda

Defiéndase, tío.

Arturo

Defiéndase, don León.

León

Sí, tomando té que escita los nervios.

ESCENA VI

Los mismos, doña Mercedes, Marta

(Entra doña Mercedes precediendo á Marta, que trae una bandeja con tazas de té y la coloca sobre la mesa. Marta váse).

Leda

(á Lucia) Al fin no has tocado nada, picarona. No hemos oído sino cuchicheos. ¡ Cuidadito con lo ajeno!

León

Es un compromiso pendiente.

Germán

No la dejaremos irse sin que lo cumpla.

Lucía

¿Le gusta á usted cumplir los compromisos?

Germán

(*á Lucía, bajo*) Y estrecharlos. Con usted un compromiso sería un mundo de goces.

Arturo

A Lucía es peor rogarle. La indiferencia de los demás la hace complaciente.

Lucía

Es claro, mientras tiene uno quien le ruegue está segura de interesar, y lo que tenemos seguro no nos inquieta.

¿No es cierto, Leda?

Mercedes

Leda, el té está servido.

Leda

A tomar el té.

Lucía

(*elevando la taza*) ¿No se brinda con el té?

Germán

¿Por qué no? Brindar es espresar un voto. Todo es bueno para una expansión.

Arturo

Sí señor, pero ha de ser en forma oratoria. . . .
á ver, empiece.

Lucia

Pues bien. . . ¡Señores! Porque Leda. . . no. . .
cállate boca, seguiremos la filosofía de Sancho,
como algunos diputados. En boca cerrada no
entran moscas.

Arturo

(*brindando*) Porque las coquetas tengan su
castigo.

Mercedes

(*con ironía*) A quien le caiga el sayo que se lo
ponga.

Leda

Lo que es yo soy toda ingenuidad.

León

(*á parte á Leda*) Los hombres como aquel
(*señalando á Germán*) no respetan la virtud, sólo
respetan la posición ó la fuerza.

Arturo

Estoy por creer que Leda nos va á dar alguna
sorpresa con su tío.

León

Quisiera derrotarlos, pero no como usted se
imagina.

Germán

No hay nada más fácil que casar á los demás.

¿Por qué no se ha casado usted, si no es indiscreta la pregunta?

León

(vacilante para responder) Hombre... *(á Leda, bajo)* Una teoría de circunstancias... *(alto)* Yo no me he casado... no me he casado, simplemente porque nadie me ha querido. Pero creo que el hombre no debe quedarse soltero. El matrimonio es la perfecta condición social de la vida.

Mercedes, Leda, Lucía

¡Bravo! ¡bravo!

León

(bajo, á Leda) ¡Como me sacrifico por tí! ¿eh?

Arturo

Yo no me caso porque no tengo con qué....

Lucía

Bueno es saberlo.

Germán

Lo que es yo, no soy enemigo del matrimonio—y menos del matrimonio del prójimo—pero tengo tan alto culto por la mujer que, francamente, no me atrevo á elegir una por no ofender á las otras.

Lucía

Argucias de solterón.

Leda

¡Lucía....!

León

Me voy antes que esto acabe mal.

Germán

Todos nos vamos.

Leda

(*á Germán, aparte, con misterio*) Vuelve ahora que voy á estar sola.

Arturo

Seguiremos la corriente. (*á Lucía*) ¿Se va usted sola?

Lucía

Tengo ahí un carruaje.

(*Se despiden*)

Leda

(*á Arturo, aparte, con misterio*) Vuelve ahora que voy á estar sola.

Vánse las visitas por la puerta del fondo, las otras por la lateral.

ESCENA VII

*Leda, después Arturo**Leda*

Tenemos que valernos de estos recursos para conseguir estar solos, siquiera sea un momento. ¡Qué desgraciada soy! ¿Has visto que impertinencia, qué obstinación la de ese viejo pretencioso? ¡Y pensar que mamá quiere imponérmele! ¡Me desespera! Dice que tú eres demasiado joven para mí. ¿Qué irá á ser de mí, Arturo?

Arturo

¡ Amor mío !

ESCENA VIII

Los mismos, Germán

..

Leda

(*aparte, á Arturo*) ¡ Maldición ! (*á Germán*) Vuelven ustedes á encontrarse, porque Arturo había olvidado su bastón.

Germán

(*aparte*) ¡ Maldita casualidad ! (*alto*) Yo también ; vea usted ; qué casualidad ! Por eso me he vuelto, sí. . . aquí está (*encuentra su bastón*).

Leda

Permitame. . . . (*se precipita á alcanzárselo*)
(*aparte á Germán*) Has visto ; qué fatalidad !
Este mozalvete es insufrible ; creo que se ha
vuelto de intento. ; Y pensar que mamá quiere
imponérmele ! ; Me desespera ! Dice que tú eres
demasiado formal para mí. ¿ Qué irá á ser de mí,
Germán ?

(*Siéntanse los tres, Leda en el medio*)

Germán

(*con ironía*) ; Qué triste cosa es en sociedad
que un hombre no se dé cuenta de cuando estorba !

Arturo

Así es ; hay tontos muy pegajosos. Entre dos
que se aman, un tercero está de más.

Leda

No sé á qué viene semejante conversación entre
nosotros. Aquí, estoy segura, todos nos sentimos
lo más complacidos.

ESCENA IX

Los mismos, doña Mercedes

¡ Cómo ! ¿ No se habían ido ustedes ? . . .

Arturo

Una segunda visita.

Germán

Habíamos olvidado el bastón.

Mercedes

¿ Los dos ? ¡ Qué casualidad !

(*Vuelven á despedirse*)

Leda

(*aparte, á Germán*) Venga mañana.

(*aparte, á Arturo*) Venga mañana.

Mercedes

Buenas noches (*váse*).

Leda (al público)

¡ Ah ! matrimonio, cuánto me cuestas !

Telón

ACTO II

ACTO II

La escena representa el comedor en casa del doctor Germán Robles. Puerta al frente y á los lados; chimenea con espejo.

Al levantarse el telón, aparece Germán por la derecha á arreglarse la corbata en el espejo de la chimenea.

ESCENA I

Pedro, por la puerta del centro, trae una carta. La entrega y váse.

Germán

(examinando la carta antes de abrirla) De Leda. . . . ¡Como abrumba una mujer á quien no se ama, ni se estima! ¡Qué extrañas condiciones! Ella parece amar con vehemencia á todos los hombres; y si se analizan sus sentimientos, descúbrese una mezcla de cálculo, perfidia y vanidad. ¿Es una anomalía ó es un fruto social? Es un carácter, resultado de la falsa preparación intelectual de la mujer en la clase media de escasos recursos. ¡Desdichada la mujer que no tiene cualidades ni siquiera para querida!

Veamos lo que me dice: *(abre la carta y lee)* « Mi estimado señor » *(le causa extrañeza este principio inesperado y se cerciora si es de Leda efectivamente, buscando la firma)* Sí. . . . aunque

firma L. . . . es su letra indudablemente — ¿Qué intriga habrá en esto. . . .? (*continúa la lectura*)
 « Mi estimado señor: Su amiga salió bien de su
 « afligida situación, ambos salvos, y me encarga se
 « lo participe á usted por el interés que supone ha
 « de inspirarle la suerte de los dos. Además me ha
 « dado una misiva verbal para usted, de grave im-
 « portancia, que cumpliré hoy mismo, con las re-
 « servas consiguientes, si tiene usted la amabilidad
 « de esperarme, dándose cuenta de lo delicada que
 « es mi visita. Rompa esta carta. Lo saluda L. »
 Ahí está ella en esa frase: « rompa esta carta ». Lo que la alarma no es la falta, sino la prueba (*rompe la carta*) (*Filosofando*) ¡Pobres mujeres! También, si no fingen, si no ocultan ¡cómo podrían cumplir su deber social de cándidas y honestas las que no pueden mantenerse en un medio sano! ¡Hay ambientes que enferman el alma! Y después ¿qué sabe de esas virtudes la naturaleza, la carne viva, imperiosa y palpitante, que lleva en su esencia el pecado?. . . . ¡Porque amar es pecar!

ESCENA II

Germán, Arturo

Arturo

(*presentándose de improviso en la puerta del fondo*) Creía que estaba usted con visitas al sentirle hablar. . . . pero parece que declamaba.

Germán

(*repuesto de la desagradable primera impresión que le causa la presencia de Arturo sin anunciarse*) ¡Ola! ¿Ya está usted de vuelta? El invierno nos devuelve á los ausentes. Bien venido sea. ¿Cómo le ha ido? Cuénteme. Sí. . . . yo filosofaba. Me entretengo con mis propias ideas.

Arturo

Aquí me tiene usted; vuelvo como fui, sin nuevas emociones, aunque con ciertas crónicas de interés.

Germán

Ya me imagino. Esa vida veraniega de Mar del Plata tiene tanto movimiento: la playa, el salón, el casino, el juego, el baile. . . .

Arturo

Por allá andaban nuestras amigas de otro tiempo. Lucía, sobre todo, muy festejada. Creo que se casa. Por lo menos así se decía allá. Usted sabe que aquí lo casan á uno apenas se acerca á una mujer.

Germán

De manera que usted habrá tenido grandes tiradas sentimentales con la amiga.

Arturo

Yo no me he acercado á ellas. Leda me pareció muy demacrada. Tenía aspecto de convaleciente de alguna enfermedad seria.

Germán

Probablemente la impresión de aquel clima tan fuerte. ¿Ha estado desde el principio de la temporada ?

Arturo

Sé que la viuda decía que estaba con una amiga, pero yo he visto recién á Leda muy al fin.

ESCENA III

Los mismos, Pedro trayendo una tarjeta de visita

Germán

(*leyendo la tarjeta*) ; Cárlos Herzfeld ! Otro excursionista que vuelve; házlo pasar al escritorio; voy en seguida. (*váse Pedro*) (*á Arturo*) ¿Va usted á almorzar conmigo ?

Arturo

No, volveré muy pronto; gracias; ahora no puedo quedarme; quería solamente tener el gusto de saludarlo á mi regreso.

Germán

Gracias, pues, por su visita. No me olvide. Adiós.
(*váse Arturo por la puerta del centro y Germán llama*).

ESCENA IV

Germán, Pedro

Pedro

¿ Señor ?

Germán

Pon la mesa. Y mira, Pedro: es preciso que aquí la gente no se cuele de rondón como se ha metido ese caballerito que acaba de salir. Es que tú dejas la puerta cancel abierta. A la casa de un hombre solo, nadie debe entrar sin aviso previo. es una indiscreción (*aparte*) Este Arturo siempre anda como espiando. (*alto*) Dime, Pedro: ¿ Te acuerdas de la señorita ?

Pedro

¡ Cómo no, señor !

Germán

Bien, si viene, estando yo con gente, no vayas á anunciármela por su nombre ¿ has oído ?

Pedro

Sí señor. (*váse Germán por la izquierda*).

ESCENA V

Pedro, después Germán

Pedro

(*poniendo la mesa*) Es una buena noticia para mí. Si la señorita vuelve á venir como antes, tendré mis días de asueto.

Germán

(*desde adentro*) Pon un cubierto más, Pedro.

Pedro

Muy bien, señor.

(*Monologando*) Un cubierto más. Esta vez es cubierto, porque otras veces suele ser cubierta. ¡ Dios mío! ¡ qué cosas se ven en la casa de un hombre solo cuando no está solo y qué cosas no se ven! Lo que es yo no digo nada. Un buen sirviente debe ver y callar, dice el señor.

Bien venida sea la señorita. “

ESCENA VI

Al tiempo que Pedro ha concluido y váse, vienen Germán y Carlos por la izquierda, conversando familiarmente.

Germán

(*continuando una conversación iniciada adentro*) Yo no entré á visitar con una idea deliberada de

seducción. No te diré tampoco que iba á casarme ni á no casarme. Empecé á visitar por simpatía, por anhelo de sociedad femenina, porque tuve la oportunidad de hacerlo, y fui galante con ella porque es difícil no serlo con una mujer joven y bonita. La chismografía hizo nuestros amores, como en el Gran Galeoto, y no sé qué secreto afán de esta mujer por casarse. Tal vez con otras prendas de carácter, y á no haber descubierto su deslealtad, me habría yo convertido á la idea del matrimonio. Su vanidad ofendida, su amor propio empeñado en la lucha, la precipitó; en una lucha que ella sola se forjó, porque yo no le había prometido nada, y no tenía por consiguiente el deber de guardarle constancia. Entonces para arrancarme de brazos de la otra, quiso echar entre los dos, nudos más fuertes, y vino á mí sin que yo propiamente hiciese más diligencia que la de recibir sus favores.

Ocurren estos casos curiosos de obcecada vanidad, en que el éxito se compra á más alto precio de lo que vale. Pero almorzaremos, pues, (*llamando*)

ESCENA VII

Los mismos, Pedro

Germán

(*á Pedro*) Que sirvan el almuerzo.

(*Sentados á la mesa. Pedro sirviendo.*)

Cárlos

¿Y de qué manera te engañaba?

Germán

Una noche que nos retirábamos juntos con mi rival, queriendo yo sondear sus intenciones, le digo: nos estamos estorbando: yo amo á esta mujer y ella me corresponde.—Yo también la amo y también á mí me corresponde, me contestó.—Pero entonces estamos siendo objeto de un juguete indecoroso, le observé; y de confidencia en confidencia, vinimos á dejar en claro que los dos obteníamos las mismas promesas. Por cierto, á partir de ese momento le perdí todo respeto, y concertamos con mi rival no hostilizarnos y sacar cada uno todo el partido que pudiese de su situación. Yo no sé si finalmente había llegado á inspirarle un verdadero afecto. Quiero creerlo así en honor de ella, porque teníamos intimidades; pero un domingo á la tarde se me ocurre ir de visita, y con una confianza inusitada en las formas externas que yo usaba allí, no llamo á la puerta de calle, entro y golpeo recién las manos al aproximarme á la sala. La ví en ese momento al través de los vidrios y visillos deslizarse fugaz como una visión, para decir desde las piezas interiores ¡adelante!

En la sala estaba el otro de visita. Acto continuo apareció ella y se mostró sorprendida de que hubiésemos ido juntos y nos saludó á los dos con mucho afecto. Indudablemente había en esto una superchería. Fué cuando resolví alejarme.

Cárlos

¿Sin consecuencias?

Germán

Desgraciadamente, no.

Cárlos

¿Qué me cuentas?

Germán

Te aseguro que es muy desagradable no tener derecho á eludir la responsabilidad y no tener confianza en la autenticidad.

Cárlos

¿Pero no ha trascendido nada?

Germán

Todo ha salido bien, entiendo; merced á la intervención de una amiga de ella, á quien se confió, y á coincidencias favorables. Pedida por esa amiga á su madre para llevarla al campo, en

realidad la dejó aquí, para que se salvase, y fechaba allá su correspondencia de familia. En fin, no estoy muy al corriente de cómo han pasado las cosas.

Cárlos

Pues yo les tengo horror á esas vinculaciones clandestinas, inevitables en la vida del hombre soltero. Y entre tanto es un problema social tremendo este del matrimonio. Cuanto más uno lo analiza más dudas y temores le sugiere, y todo por la estrechez de la maldita indisolubilidad. Si tuviésemos una puerta de escape para huir de la desgracia y la deshonra, todos nos casaríamos.

Germán

Esa puerta se abrirá pronto. El divorcio existe en la mayor parte de los países civilizados. Es cuestión de que la mujer se persuada de que ella es la más favorecida por esa institución, y de que no es contraria á la religión cristiana, porque el matrimonio no viene de la iglesia, sino que ella lo ha recogido no ha mucho tiempo.

Cárlos

La verdad es que cuando uno se apasiona, allana todas las dificultades, olvida todos los peligros. Yo que he sido tan tímido para afrontar esas

responsabilidades, te daré una noticia... serás el primero en saberlo... me he comprometido.

Germán

(*con franca y alegre admiración, tirándole con la servilleta*) ; Qué alemán bribón !... ; Tránsfuga miserable !... ; Con que me dejas solo con la bandera del celibato ?

Cárlos

Yo mismo estoy sorprendido de mi resolución. ; Ah ! Pero yo te aseguro una cosa... Pintan al amor ciego... Es un disparate. El amor da una clarovidencia admirable. No sé si será que el espíritu se afina al sensibilizarse el alma, pero yo veo hasta el fondo del corazón de la mujer que amo, penetro sus nobles sentimientos, descubro su conciencia blanca, pura, trasparente, admiro su candor infantil, reconozco que es un ángel, y se lo agradezco á Dios que parece me la enviára para redimirme de la incredulidad y del pecado.

Germán

¡ No me canso de admirar tu conversión !

Cárlos

Más vas á admirarla á ella cuando la conozcas. Es una de esas criaturas celestiales, que lo levantan

tan á uno de las miserias de la tierra con su dignidad ingénita, con su espíritu selecto. Si hasta su nombre es leve. Se llama Leda Rivas. ¿La conoces?

(*Germán que en esos momentos lleva la taza del café á los labios, la deja caer de la mano, atónito*).

ESCENA VIII

Los mismos, Pedro

Pedro

¡ La señorita !.....

Germán

(*confundido*) Espera... mira... que pase... no.... que no pase.... recíbela en la sala.....

Cárlos

Yo me voy, después conversaremos. Ya veo que por el momento estoy de más.....

Germán

Espera... no pases por aquí (*le interrumpe el camino de la izquierda*). Voy á traerte el bastón y el sombrero (*váse por la izquierda*).

Cárlos

¡ La señorita !... vaya una señorita galante y misteriosa.

Germán

(*volviendo con el bastón y el sombrero de Cárlos*).
No tengo nada que decirte ¿eh?..... Nosotros
tenemos confianza. Ya sabes que.....

Cárlos

¡Qué tontera! No sé por qué te confundes tra-
tándose de mí.... Hasta pronto.

Germán

Sí, hasta pronto; tenemos que hablar.

ESCENA IX

Germán, Leda

Leda

(*asomándose con cautela por la izquierda*) ¿Hay
gato encerrado?

Germán

No..... acaba de irse tu novio.

Leda

(*espantada*) ¡Por Dios! que no me vea.....
(*reaccionando*) Luego ¿tú sabes?. ...

Germán

Sí, casualmente, recién lo sé.

Leda

Y bien, Germán: tú no me amas, tú me has engañado, me has deshonrado; se me presenta esta suerte, no debo desdeñarla; la misión de la mujer es casarse.....

Germán

Ante todo establezcamos la verdad. El abandono no es seducción, como la fuga no es raptó. La mujer suele engañarse á sí misma, para tranquilidad de su conciencia, y cohonesta ante ella su propia falta cambiando el sentido de las palabras. Cuando se entrega le gusta creerse seducida. Es una faz de su debilidad moral. Afrontar el error sería una fuerza impropia de su sexo.

Leda

Bien, acepto la responsabilidad; soy yo quien te ha seducido.

Germán

¿A qué viene esa agresión? Si no pretendo eso. He sido simplemente tu cómplice. Vamos, será porque la misión de la mujer es casarse. Hay estupideces que hacen camino en la vida de la humanidad, no sé si porque nadie se toma el trabajo de controvertirlas. No hay tal misión de la mujer ni del hombre. Cada uno viene al mundo dotado de pasiones y apetitos que debe satisfacer sin dañar á los de-

más. Esa es la verdadera moral social. Casarse es la consagración de la pareja humana ante la sociedad, y por lo mismo que en ese acto se hace intervenir á Dios y á la Ley, debe haber un fondo de honradez, de pureza y de verdad. ¿Qué cuenta vas á dar á tu marido de la integridad de tu alma y de tu cuerpo? ¿Crees que se puede fundar una familia feliz sobre la mentira y la traición? ¿Pienzas que en nombre de tu pretendida misión de casarte es lícito comprometer la dicha de un hombre que te hace el honor de creerte pura? Eso sería una infamia, que yo no he de consentir.

Leda

(*irritada*) Lo que es sorprendentemente infame, inaudito, no hallo un anatema bastante implacable para condenarlo, es que sea precisamente el autor de mi deshonra el que me la enrostre; que sea el mismo que me ha inducido á la falta el que me la impute, y que de su pérfida acción conmigo saque argumentos para atacarme, para avergonzarme, para injuriarme, para impedir que me salve, que me vindique, que me regenere, que adquiera en sociedad una posición decorosa y respetable. El, mi seductor, me pierde, y luego me acusa y me hunde. Quiero subir y me pega con el taco de su bota y me echa al fondo del fango (*con colérica ironía*) ¡qué noble, que caballerezco! Debes estar orgu-

lloso de que broten en tu cerebro tan gentiles ideas, (*con desprecio*) de que se aniden en tu corazón tan ruines sentimientos.

Germán

Todo eso que acabas de decir sería una montaña capaz de aplastar á un coloso, si no fuese una fraseología hueca, desprovista de verdad, que es lo que abruma en las acusaciones. Por eso, porque siempre te ha faltado verdad, esa esencia de la virtud, ruedas al abismo. por fingir impulsos y afectos que enaltecen cuando no son mentira, pero que provocan odio y desprecio cuando son calculados. Me fingías amor á mí y se lo fingías á Arturo, procurándote á todo trance un marido, sin otro móvil que la preocupación de no quedarte soltera. Irritado tu amor propio al ver que yo me alejaba de tí y me consagraba preferentemente á tu amiga Lucía, descubierta tu mala fe, juegas el todo por el todo y me atraes sin condiciones, te rindes, te entregas, no quieres que tu amiga conquiste á un hombre que te ha galanteado y satisfaces tu pueril vanidad á costa de tu decoro. ¿Tiene un hombre el deber de velar por la moralidad de una mujer que desea? ¿Debe rehusar sus favores para que no se perjudique? Confieso que me falta esa santidad. Yo no te he seducido, porque no te he engañado. Jamás te he prometido casarme con-

tigo. Hay un vínculo entre los dos y acepto mi responsabilidad paterna. Así entiendo mi honor.

Leda

(*calmada*) Si yo no he venido á exigirte otra cosa. Vamos entendiéndonos. Lo que me ha irritado es que me amenazaras con impedir mi matrimonio, delatando, acaso, mi falta. En eso no tienes tú que meterte; ya lo sabes.

Germán

Es que Cárlos es mi amigo, y acaba de pedirme datos respecto de tí; me ha consultado sobre el acierto de su elección, me ha preguntado si te conozco, y si en ese momento Pedro no nos hubiese interrumpido anunciando tu visita, felizmente sin nombrarte, habría tenido que decírselo todo. Volverá seguramente á hablarme. ¿Qué voy á contestarle? ¿Pretendes que traicione la amistad?

Leda

¿Te parece más digno traicionarme á mí? ¿Tienes el deber de revelar el secreto de una mujer decente que en un momento de pasión se te ha entregado sin condiciones, como tú dices, para hacer de mi abnegación un crimen, lo que á mis ojos es el lenitivo de mi falta? Eso es inadmisible, ni se discute siquiera. Si está vedado al sacerdote y al médico revelar los secretos que reciben en su

ministerio, mayor reserva debe guardar el amante, cuando menos por ser cómplice é instigador del delito.

(*suplicando*) No pienses en eso Germán, no quieras perderme, te lo suplico por nuestra dicha pasada, por nuestras emociones felices, (*bajo*) por la vida de nuestro hijito, no me hagas daño, por Dios.

(*queriendo persuadir*) Es preciso que creas que yo no soy una pervertida. Tengo simplemente la forma moral que la sociedad me ha dado. Es verdad que hasta cierto punto te engañaba,—si engaño podía haber en atender á dos hombres cuando ninguno se comprometía—pero lo hacía por el noble anhelo de casarme. ¿Qué es una mujer soltera y pobre dentro de nuestro orden social? Un hazme reir. Será estúpido el desdén por ese pobre ser, pero, así estúpido y todo, existe. Por otra parte no se le enseña á la mujer á bastarse á sí misma, no tiene campo de acción, entónces busca un marido, un protector, un punto de apoyo en la vida, cada una como puede, como sabe hacerlo, como es capaz de conseguirlo; y si muchas veces se casa sin amor y sin decoro es porque tiene necesidad, necesidad moral y material, necesidad de salvarse, porque eso es instintivo. Es preciso no ser tan severo con la pobre mujer que, al fin, el hombre la forma como la quiere. Piensa que

eres hijo de mujer, Germán. Por el amor de tu madre, no me pierdas.

Germán

(*pensativo, vacilante*) ¡Es una situación que desespera. . . !

Leda

(*siempre con tono suplicante*) Mira, Germán, no te inquietes. Carlos será feliz á mi lado, porque me ama, y yo seré buena con él, tierna, solícita, cariñosa. ¿Qué tiene que saber un accidente de mi vida pasada? ¿Ni qué responsabilidad te cabe á tí por haber sabido guardar discretamente el honor de una mujer? ¿Sabes tú, —si amándome él como me ama,—no sería más desgraciado al revelarle mi secreto que decide de su felicidad? Piensa que se trata de la dicha de los dos. Lo que se ignora no existe, y lo que ha pasado entre los dos nadie lo sabe. Sí, Germán, tú te harás cargo de nuestro hijito, yo vendré á verlo siempre que pueda. . .

Germán

(*salta nervioso é indignado*) ¡Eso jamás!

Si yo. . . lo que no me atrevo á resolver aún—tendré mucho que reflexionarlo—ocultase á Carlos la relación que me ha ligado á tí, nunca jamás, habría un punto de afinidad entre los dos.

Ten, pues, entendido que deberías renunciar absolutamente á tu hijo.

Leda

(*con decisión*) ; convenido ! (*le estira la mano en señal de pacto hecho*).

Germán

(*esquivando la mano con repugnancia*) Desnaturalizada!.

Leda

(*interrumpiéndole con prontitud*) No continúes; preveo que vas á hacerme una tirada moralista, inicua, por no decir estúpida.

Ustedes los hombres, los que legislan, los que hacen la sociedad, los que fabrican el delito, la moral y la religión, han sido tan torpes, que han puesto en pugna la naturaleza con el orden social, haciendo una deshonra de la maternidad que no sanciona la ley; y pues si ser madre movida por la pasión me conduce á la ignominia, cédo á la fuerza, me intimido, tengo miedo del desprecio, abandono mi hijo, — otras hacen peor: lo matan — lo abandono para conservar el aprecio de los demás. Yo, no soy yo, en este caso, no soy la que ha nacido, no soy la mujer de la naturaleza, soy la que me han formado, soy la mujer de la sociedad, buena mientras he podido ser buena, mala cuando me han inducido á ser mala. De mis acciones respondán el estado y la iglesia.

Germán

Veó que te has preocupado de tu causa como un buen abogado, pero de nada te sirve tener razón ante la naturaleza, es preciso tenerla ante la sociedad. Aquí se burlan de Dios, mandan los hombres, y hay que acatarlos. Son ellos los que regulan las acciones. La conciencia se forma en el molde de las instituciones en que se desarrolla, y la mía me dice que hago mal en callar. Admitiendo que yo te haya perjudicado, echándome toda la culpa: si he hecho un mal, no debo hacer dos.

Leda

Por no hacer dos, harías tres, harías cuatro, porque matarías de pena á mi madre (*llora en silencio, oculta la cara entre las manos*). Cárlos me ama, y estoy segura que sufriría sin abandonarme.

(*Irguiéndose de pronto irritada*) Mira, Germán, hasta ahora el mundo me ha hecho desgraciada, pero aún no he llegado á ser perversa. Los malos—no todos nacen malos—suelen hacerse en el camino de la vida irritados por la infamia de los otros.

No seas un obstáculo de mi suerte, porque no he de perdonártelo.....

Germán

Pero si no se trata de eso ¿á qué viene esa amenaza? No me comprendes. Siéntate tranquila

y escúchame: Tú no eres propiamente una mujer desamparada. Tienes tu madre que te quiere; la sociedad en que giras que te respeta, puesto que tu falta no ha trascendido; el amor de tu hijito puede ser un refugio en tus horas de soledad; mi protección no te la negaré nunca ¿por qué entonces quieres encadenar á tu destino la suerte de un buen hombre, que sin duda tiene el ideal de formar una familia honorable en el amor de una mujer pura? ¿por qué quieres exponerle á una catástrofe, si lo imprevisto—que suele ser mal intencionado—un día cualquiera le revelase todo?

Leda

¿Por qué? Porque la misión de la mujer es casarse.

Germán

Eso es una felonía, una maldad, una perversión.

Leda

¡Miserable!.....

ESCENA X

Los mismos, Arturo

(Al tiempo de lanzar Leda su apóstrofe, aparece Arturo en la puerta del fondo, sin anunciarse. Leda que se apercibe que Arturo la ha oído, cambia de tono para desorientarlo, y continúa como si

estuviese haciendo una narración). así le dije y el muy bribón nada respondió.

Germán

(*Al ver á Arturo, aparte*) ; imbécil! (*á Leda con amabilidad*) ¿Con que así, no ?

Leda

Y bien, nosotras ya nos hemos despedido (*llamando*) mamá . . . mamá (*saluda y trata de salir*).

Arturo

(*adelantando reverente*) Si no soy importuno

Leda

(*sonriente*) Rechazo la hipótesis por ofensiva. Se le ocurrió á mamá que habíamos de entrar de paso como tenemos confianza con nuestro amigo á participarle mi próximo enlace, como también lo hará con usted

Arturo

¡ Ah !

Germán

(*señalando hácia afuera*) Ahí sale su mamá ; no la haga esperar.

Leda

(*saludando*) Voy, voy.

Telón

Акто III

ACTO III

La escena representa la sala en casa de Cárlos Herzfeld. Puerta al centro y á la derecha. El estrado á la izquierda, mesa de lectura, chimenea, etc.

ESCENA I

(Cárlos y Leda en traje de casa, entran enlazados por la cintura y examinan la instalación)

Cárlos

¡Qué gran loco es el amor! Cómo lo atropella todo!

Leda

Como que es un muchachito travieso.

Cárlos

Y armado.... armado de finísimos dardos (*besándola*).... me clavó... me atravesó el corazón con sus saétas.

Leda

¿Te pesa?....

Cárlos

Calla.... loca.... (*vuelve á besarla*). No.... si lo que me da risa es verme á mí mismo — que nunca soñé en casárme—eterno desconfiado de la

dicha conyugal—hecho un santo varón, señor marido, con casa puesta, regenerado, hombre de hogar, y todo ¿por qué?... por el amor de esta angélica criatura, oásis de mi vida errante (*la besa y quiere cargarla, jugando*).

Leda

¡Vaya! no seas loco, no hagas fuerza.

Cárlos

Pero nosotros seremos muy felices ¿no es verdad?

Leda

¿No lo somos ya?

Cárlos

Quiero decir que nuestra dicha no va á interrumpirse jamás. ¿Sabes lo que siento? Que tú hayas querido precipitar tanto nuestras bodas...

Leda

¡Ah! ¿sí?..... ¡qué cariñoso!

Cárlos

No, mi vida, quiero decir, que no hayamos dado tiempo, por ejemplo, á que regresase mi buen amigo..... (*se interrumpe al oír el timbre eléctrico*)

Leda

Ese es cartero.

- ESCENA II

Los mismos, Marta trayendo una carta. Mientras Marta entrega la carta, Leda se entretiene en arreglar adornos de la sala.

Marta

(*á Carlos, entregándole la carta*) Parece del señor Germán.

Cárlos

¡Cómo! ¿Tú conoces al doctor Germán Robles?

Leda

(*aparte, alarmada*) ¡Qué estúpida!

Marta

Pues ya lo creo.

Cárlos

¿Y hasta la letra?

Marta

Si el señor.

Leda

(*interrumpiéndola*) Corre, Marta, corre, mamá te llama. (*váse Marta*) (*á Cárlos*) Sí, mi hijo; ese mozo solía ir á casa por asuntos de mamá.

ESCENA III

*Los mismos, doña Mercedes**Leda*

(*á doña Mercedes, al tiempo de entrar*) Te acuerdas, mamá, del doctor Germán Robles, tu abogado, que solía ir á verte por no sé qué.
(*le hace señas de inteligencia*)

Mercedes

(*confundida, vacilando para contestar*) ¡Ah! . . .
sí. (*váse*)

Cárlos

Pues lo celebro, es mi mejor amigo.

Has de saber que el mismo día que llegué del campo estuve á almorzar con él, y ¡ qué casualidad ! cuando yo empezaba á hablarle de tí, llegó no sé qué íntima, y no tuvimos tiempo de conversar. Me despedí, para no ser importuno, y parece que él en seguida tuvo que ausentarse no sé á donde. ¡ Cómo lo va sorprender mi casamiento á su regreso !

¡ Pero hombre ! me olvidaba de su carta. Veamos lo que dice: (*deteniéndose en el sobrescrito*) Parece que esta carta hubiese andado extraviada. Vé cuantas inscripciones tiene el sobre. (*lee como descifrando*) Véase calle de.

Leda

Si, esas son anotaciones de los carteros cuando no dan con el destinatario. Es claro ¿no ves? si trae tu anterior dirección.

Cárlos

Cierto, no me había fijado. (*abre la carta*) ¡Qué barbaridad! Tiene cerca de dos meses de datada.

(*Leda trata de leer por sobre el hombro de Cárlos, inquieta; y él, ocultándole la carta con cariño*) No mi querida, (*pónete la boca provocando un beso. Leda lo besa*) no seas curiosa que es un defecto muy feo en las nenas lindas como tú. Yo te diré lo que dice. Los hombres solteros suelen ser muy libres para comunicarse entre sí y podría ofenderse tu pudor. Nada me encanta tanto como una mujercita de infantil inocencia. Así eres tú, querida.....

Leda

(*alejándose mimosa, como resentida*) ¡Malo!... me voy enojada.....

Cárlos

Ahora voy á quitarte el enojo á besos. (*lee*) « Mi querido Cárlos: Un asunto urgente de familia me « obligó á ausentarme precipitadamente en se- « guida de aquel día que almorzamos en casa, de « suerte que no pudimos reanudar la conversación

« interrumpida tan intempestivamente. Tengo mucho que decirte á ese respecto. Yo estaré ahí á fines del mes entrante. Tuyo, Germán ».

Pchs, según la fecha de esta carta ya debe encontrarse aquí Germán. Voy ahora mismo á ver si ha llegado. (*se dirige á salir por la puerta del centro y se encuentra con Marta*).

ESCENA IV

Cárlos, Marta

Marta

Vienen de parte del señor Germán.

Cárlos

(*agradablemente sorprendido*) ¿Quién es, su sirviente ?

Marta

Parece así, señor. ..

Cárlos

Házlo pasar al instante. (*váse Marta*)

ESCENA V

Cárlos, Pedro

Cárlos

¡ Ola ! Pedro ¿ ha venido tu patrón ?

Pedro

Sí, señor, y me manda á decir á usted que lo espera á comer.

Cárlos

¡Cómo!.... ¡Ah! es verdad que él no sabe. Dile que soy yo quien le espera á él: que venga inmediatamente, que lo necesito mucho.

Pedro

Muy bien, señor.

Cárlos

(*solo, meditando*) Sí.... Germán será mi salvador. Él me servirá de intermediario para desatar ese maldito nudo. ¡Qué diablos! Han venido las cosas tan precipitadamente. (*váse por la derecha*)

ESCENA VI

Leda, doña Mercedes

Leda

(*preocupada*) Me parece prudente, mamá, ocultarle á Cárlos — ó á lo menos no decírselo nosotras, una vez que él no lo sabe — el que Germán antes nos ha visitado asiduamente. Los hombres suelen ser celosos hasta del pasado de la mujer que aman, y para qué darle esa inquietud.

Mercedes

(*con severidad materna*) A mí no me metas en embrollas. Ahí tienes lo que se saca con el afán de querer casarse. Si la mujer supiese esperar sería mucho más feliz. De todos modos tú no tienes nada de que avergonzarte. El que te hayan festejado no es una falta. ¿Cuál es la mujer que no ha oído de alguien palabras de amor antes de casarse. (*váse*)

ESCENA VII

*Leda, sola**Leda*

¡Tengo un sinsabor; una agitación íntima; una incertidumbre matadora!

¡Qué horror! Pensar que podría ser tan violenta la transición de ese espíritu fascinado, creyente sincero, con la profunda fe de lós buenos, palpitante de amor, colmado de ilusiones, precipitándose de improviso en una realidad espantosa.

¡Oh, conciencia implacable! ¿por qué me niegas la paz del alma?

¡Cuánto más tranquila se habría deslizado mi vida, en un modesto retiro, sola con mis errores!

¡Miserable sociedad!

Imbuyes nuestro espíritu de preocupaciones pueriles, de necias vanidades, de mundanales pasio-

nes, y nos arrojas al abismo si no resistimos á tus satánicos atractivos. (*reaccionando*)

Pero ¿á qué nublar la dicha actual de mi vida con reflexiones sombrías?

¿Por qué habría de descubrirse nada? ¿No se ignoran tantas cosas?

ESCENA VIII

Leda, Marta

Marta

(*anunciando desde la puerta*) El señor Germán. (*váse*)

Leda

(*sorprendida*) ¡Dios mío!..... Yo no lo recibo. Que lo reciba Cárlos. (*huye*)

ESCENA IX

Germán, solo

Germán

He aquí un nido amoroso... sobre una tela... sobre una tela de araña. ¡Pobres pajarracos! Cuidemos que no se les venga abajo.

ESCENA X

*Germán, Carlos**Cárlos*

(viene por la derecha; con extremado afecto abrazando á Germán) Mi querido Germán.

Germán

(abrazando á Cárlos) ¿Pero qué precipitación ha sido esta ?

Cárlos

¡Cuanto he sentido que tú hayas estado ausente! Me parecía que tenía derecho á que tú me acompañaras en el acto más trascendental de mi vida, *(bajo, con temor de ser oído)*.

¡Y qué falta me has hecho! Tengo que confiarte un secreto y una misión delicada. *(alto)*

Pues aquí me tienes en este punto de partida, con nuevos rumbos, vida nueva, más ordenada y feliz que la anterior, seguramente.

Germán

¡ Si parece increíble!

¡ Yo habría deseado hablar tanto contigo aquel día! *(sondeando á Cárlos)* Yo conozco á esta familia

Cárlos

¡Cómo no! ya sé, si Leda me lo ha contado todo, y estoy muy contento.....

Germán

¡ Ah!.....

Cárlos

Me ha dicho que tú tenias no sé qué cosa con mi suegra... ¡ah!... que eras su abogado.

Germán

Precisamente.

Cárlos

Bien, eso no nos interesa ahora. Te necesito para un asunto grave.

Germán

Dispón de mí.

Cárlos

Leda— que es una criatura sumamente nerviosa —me puso como condición que nos casásemos inmediatamente, ó de lo contrario no mantenía su palabra, porque las expectativas la mortifican. Yo que la amo con locura, accedí temeroso de perderla, y tú sabes.... ¿cuál es el hombre soltero que no tiene alguna vinculación sentimental? Yo tenía unos amorcitos por ahí, con una mujer..... una madama..... una francesa.

Germán

Tengo no sé qué idea.

Cárlos

Y bien, ella, Alice, lo ignora todo.

Germán

¿Y te ama?

Cárlos

Pchs, vaya uno á saberlo; se falsifica tan bien el amor cuando tiene su precio.

Es celosa, pero tú sabes que los celos suelen ser manifestación de egoísmo y vanidad. Lo que sí puedo asegurarte es que es activa, colérica, audaz.

Es preciso que tú me desates este lazo, mejor dicho, que me saques esta espina que tengo clavada en el pensamiento y que no me deja disfrutar en perfecta calma de mi luna de miel.

Germán

Bueno, trataré de hacerlo así. ¿Cómo te parece que debo de proceder?

Cárlos

Ella ignora que yo me he casado; me cree ausente, porque yo para casarme simulé un viaje. Tú le confesarás mi matrimonio, pero como realizado fuera de aquí, y le dirás que no pienso vol-

ver. En seguida le darás unos pesos — los duelos con pan son menos — y si te parece le haces el amor, como recurso diplomático. Ya sabes que en los fracasos de la vida amorosa el reemplazo inmediato mitiga la pena. Aquí tienes su dirección, (*le da una tarjeta*) Desgraciadamente no está lejos.

Es preciso que me soluciones cuanto antes, Germán, este enojoso asunto, no sea que esa mujer descubra mi residencia y venga á profanar el santuario de mi hogar con su planta impura.

Germán

¡Puf! que moralistas tan rígidos son lo maridos.

Cárlos

¿Pero dime si no tengo razón para estar inquieto? No sería una vergüenza que Leda. Tú no sabes todo lo candorosa que es. Estoy seguro que ni sospecha que un hombre pueda tener una amante. ¿No sería una vergüenza, decía, que llegase á sus oídos el que yo he tenido una querida, y se viese envuelta en un escándalo, que Alice es muy capaz de armarme aquí?

Germán

Alice, Alice, Alice, no se á quien le he oído este nombre.

Voy en seguida á hablar con ella.

Cárlos

¿No quieres ver antes á Leda?... sí.....

Germán

No, después, después.

Cárlos

Bueno, te espero con impaciencia (*sale Germán acompañado de Cárlos*).

ESCENA XI

(*Leda se asoma previamente, luego entra por la derecha*).

Leda

Ya se ha ido. Temblaba ante la idea de hallarme en presencia de Germán. Lo que más me horroriza es tener una vinculación tan fuerte con ese hombre, y sobre todo necesitarle, tener que hablarle, tocar nuestras intimidades, porque es forzoso pagar. ¿De dónde sacaría yo? ¡Con dinero de Cárlos, ¡oh! jamás!

ESCENA XII

Leda, Marta

Marta

Niña, ahí está una persona que desea hablar con usted.

Leda

¿ No ha dicho quién es, cómo se llama ?

Marta

No, es una señora bien puesta, joven.

Leda

¿ Quién será ?... hazla pasar. (*váse Marta*)

ESCENA XIII

Leda, Alice

Leda

(*profundamente sorprendida*) ¡ Ah !.....

Alice

¿ La sorprende mi visita ? ; Cómo me ha costado dar con usted ! Si no hubiese sido por la señora Lucía.....

(*con suave recriminación*) Esos no son tratos, señora mía.

Leda

(*nerviosa y confundida*) No.... vea.... aquí no... si yo pensaba ir por allá... y voy á ir en seguida. Recién llegamos. Usted sabe, pues. Yo se lo había dicho ; mi esposo estaba en la campaña.....

Alice

Maldito si entiendo este lío. La señora Lucía dice que usted se ha casado recién.

Leda

(*aparte*) ¡ Ah! ¡ perversa! ¡ en qué situación me coloca!

(*a Alice*) Esos son disparates de Lucía, son bromas de ella, es muy bromista.

Yo vine de afuera por mayor seguridad. ¿ sabe? Aquí hay más auxilios para esos casos.

Alice

Al fin á mí qué me importa lo que haya en el fondo; lo que yo deseo es asegurar mi dinero; yo necesito; de lo contrario no trabajaría. Una pensionista como usted de tanto tiempo, me representa muchos gastos.

Leda

¡ Por Dios.!

Alice

¿ Pero no está usted en su casa? ¿ No es ésta la casa de su marido? ¿ Por qué se alarma usted? Yo quiero que su esposo me garantice, prefiero hablar con él, al fin él es el verdaderamente responsable.

Leda

No hay necesidad. Además él no está en casa en este momento. Yo le aseguro que en seguida voy á pasar por allá, esté tranquila, usted no va á perder nada absolutamente, vaya. . . . vaya. (*la conduce hácia la puerta*).

Alice

Está bien, me iré. Era usted más comedida antes.

Leda

(*confundida*) No. . . . sí. . . . es que. . . .

ESCENA XIV

(*Al tiempo que va á salir Alice seguida de Leda, en dirección á la puerta del centro, va á entrar francamente Cárlos por la derecha y retrocede sorprendido al verla de atrás*).

Cárlos

(*con espanto*) ¡Qué veo! (*se oculta y espía*)

Alice

(*al despedirse*) ¿Y el nene?

Leda

(*inquieta*) ¡Muy bien está!

ESCENA XV

*Leda, Cárlos**Cárlos*

(*cauteloso*) Creía haber visto salir á una señora de aquí hace un instante.....

Leda

(*fingiendo serenidad*) ¡ Ah ! sí. mi modista, madame..... no me acuerdo.

Cárlos

(*fingiendo alegría*) Bonito nombre. ¿ Qué nene es ese por quién preguntaba ?

Leda

(*inventando*) Es que esta mujer estaba acostumbrada á ver en la otra casa á un chiquito muy mono que me mandaban siempre de al lado, y no sé si piensa que es de la familia. Yo para abreviar le contesté: muy bien está.

ESCENA XVI

*Los mismos, Germán**Germán*

(*golpeando las manos desde la puerta del centro*)

¿ Se puede ?

Cárlos

(*cariñoso*) Siempre está franca la entrada en esta casa para tí.

Leda

(*á aparte*) ¡Dios mío! ¡Qué aflicción!

Germán

Gracias.

Cárlos

(*presentando á Leda*) Tú conoces á Leda.....

Germán

(*reverente*) ¡Cómo no! ya tenía yo el gusto de conocer á la señora.

Leda

Es verdad.....

Cárlos

(*á Germán, bajo*) ¿Y?... ¿Cómo te ha ido?

Germán

(*á Cárlos, bajo*) No estaba.

Cárlos

(*bajo*) Tengo un susto espantoso; no sé lo que va á pasar. La he visto aquí hace un momento hablando con Leda. Para mí Leda lo sabe todo y disimula. Es un ángel esta criatura. (*alto*) ¿Y qué

te parece Leda? ¿No la encuentras cambiada, tú que la has conocido antes?

Germán

Si, un tanto, se acentúa ya en ella todo el aire de señora.

Leda

¿Le parece á usted?

Cárlos

(*aparte, á Germán*) Acércatele. Inquiérela lo que haya. (*aléjase Carlos*)

Germán

(*bajo, á Leda*) ¿Crees que puedes ser feliz?

Leda

(*bajo, á Germán*) ¡Sálveme! Ha estado Madame Alice á cobrarme, furiosa, me compromete, ¡sálveme!

Germán

¡Será la misma! ¡Qué fatal casualidad!

(*bajo, á Leda*) Esa mujer no ha venido por cobrarte. Siquiera fuese así, nada más fácil de remediar. Ahora comprendo lo que está pasando. Coincide con lo que me habían dicho. Todo es obra de Lucía, que está enconada contra tí, porque, Cárlos, primero se fijó en ella, y tú se lo quitaste, te lo atrajiste.

Leda

Si así fuese, habría impedido mi matrimonio, depositaria como es de mi secreto.

Germán

No, porque de ese modo habría salvado á Cárlos, y por este medio el golpe es á los dos.

Leda

¡ Dios mío ! Si yo no he traicionado la amistad de Lucía. ¿ Me habría preferido á mí si hubiese gustado de ella ? ¿ Qué va á ser de Cárlos ? Yo le he dicho que es mi modista.

Germán

Es preciso preparar su espíritu para una escena, haciéndole creer que se trama una venganza contra ustedes.

Leda

Si, vaya, vaya, ¡ Dios nos asista !

Germán

(*á Cárlos, bajo*) Parece que Leda sabe algo. Entreveo no sé qué intriga armada para turbar la dicha de ustedes. Anda el espíritu de otra mujer vengándose de los dos, tal vez queriendo urdir alguna calumnia. Es preciso ser fuerte en estos casos. Ya sabes que la murmuración es el flagelo moral que infecta los hogares. Desde luego puedo

asegurarte que no es la modista de Leda. Parece que ella te ha dicho eso para evitarte un disgusto.

Cárlos

(*enternecido*) ¡ Pobrecita ! ¡ Es un ángel !

ESCENA XVII

Los mismos

(*Alice, penetrando de improviso, no ve á Cárlos, y éste se queda estático de asombro en un punto apartado. Leda y Germán sorprendidos se encaran con Alice*).

Alice

(*á Germán*) Usted que salía y yo que llegaba ; yo iba de acá. Le ahorro á usted el trabajo de volver. Supongo que iba usted á pagarme la pensión de la señora. (*señalando á Leda*) ¿ No es usted su esposo ?

Leda

(*finjiendo profunda sorpresa*) Esta mujer está loca !

Germán

Vea señora, venga conmigo. (*trata de sacarla, y al girar Alice descubre á Cárlos*)

Alice

(*asombrada, señalándole con ademán dramático*) Tú . . . já, já, já. (*lanza una carcajada histérica*)

(*Reponiéndose*) Lo comprendo todo. Es como me lo había dicho la señora Lucía. Já, já, já.
(*vuelve á reirse*)

Cárlos

(*indignado*) ¡Salga usted de aquí!

Alice

(*provocativa*) ¡Échame... á ver, échame!
¡ Estúpido!

Cárlos

(*á Alice*) ¡ Escandalosa!

Germán

(*queriendo sacarla*) Tenga la bondad señora...

Alice

(*á Cárlos resistiendo salir*) Te has casado con la amante del señor, (*señalando á Germán*) con mi pensionista, já, já, já, (*se ríe nerviosa, irónica*) con la que fué á Mar del Plata á reponer su quebrantada salud, já, já, já, á borrar la maternidad, já, já, já, con la que traicionó á su amiga, á su propia protectora y se apoderó de ti. ¡Imbécil! Estamos vengadas. (*con sarcasmo*) Adiós, padre de hijos ajenos.

Cárlos

(*precipitándose sobre Alice*) ¡Bribona!

Germán

(*sacándola violentamente*) ; Salga usted de acá!
(*desaparecen Alice y Germán*)

Leda

Esta es una infame venganza, una calumnia
atroz. (*cae sobre el sofá anonadada*)

ESCENA XVII

(*Leda, abatida, abandonada sobre un sofá, oculta la cara entre las manos, apoyados los codos en un extremo del mueble. Cárlos cierra todas las puertas previamente, agitado, sombrío, misterioso, y después de un prolongado silencio en que la contempla con mirada escrutadora, inicia el diálogo siguiente, con calma reflexiva al principio*).

Cárlos

No... esto no es una calumnia. No niego que podría pasar por tal si no se adujesen otras pruebas, pero yo no las necesito. Toda tu historia se agolpa en estos momentos á mi imaginación, con sus míseros detalles, para confundirte, para horro-
rizar-me, para perdernos, para hundirnos en no sé qué abismo. (*meditando*) Es claro, clarísimo... todo encaja perfectamente... todo se manifiesta como lo sabía... como me lo contaron. Lo de más

erá lógico, son los hechos consiguientes... la ausencia de Germán... la precipitación tuya... la venganza de Lucía ofendida por tí... por mí... toma de instrumento á Alice... , mi amante abandonada, para que arroje en mi hogar... (*con ira*) no quiero decir hogar... para que manche mi vida con la deshonra.

Han hecho bien, ellas tienen razón, las perdono, —más, las aplaudo. ¿Han castigado? Bien hecho. La maldad no debe dejarse impune nunca. Germán me responderá con su vida de su conducta.— Quedas tú... ¡discúlpate!—¿Qué tienes que decir? ¿Qué móvil, qué razón inexplicable te ha inducido á inutilizarme para la familia honrada, á esterilizar mi vida para la familia legítima, para el hogar, para la vida social, para los afectos tiernos, puros, delicados y nobles del esposo y del padre? ¿Amor? —Ya habías amado.—¿Maternidad? Ya eras madre.—¿Fortuna?—Yo soy pobre.—Hay que conyenir en que eres una bribona pervertida.

Leda

(*se estremece y se yergue*) No he de permitir que me injurien. (*vuelve á caer anonadada*)

Cárlos

Si... no debo injuriarte. Eso sería atribuirte una dignidad, creerte digna de la injuria. ¡Corrompida! ¡Te desprecio! Debería matarte para depu-

rar á la sociedad de una pústula. ¿Sabes lo que te salva? Que no puede tardar la ley del divorcio. He aquí evidenciada la estúpida é inmoral indisolubilidad del matrimonio, que pretende en nombre de Dios, atar para siempre el destino de un hombre honesto á las veleidades de una prostituta.

Leda

(*saltando irritada*) ¡Cobarde! ¿Quién te ha dicho ¡imbécil! que una mujer de vergüenza está obligada á descubrir sus faltas al que se le ofrece en matrimonio, si el pudor consiste precisamente en ocultarlas? ¿Cuál es la ley que me impone semejante monstruosidad? El contrato de matrimonio me obliga á serte fiel, y yo no he faltado á la fe conyugal.

Dios, que ve en el fondo de mi conciencia, sabe que no soy una pervertida.

El pervertido eres tú.

¿Con qué derecho te eriges en juez de mi pasado, en el instante mismo en que una amante tuya me cubre de ignominia en el escándalo. Eso es el vicio procesando á la virtud.

Cárlos

¡Qué cínica!

Leda

¡Qué torpe! La verdad te sorprende, te escandaliza, porque vives en un ambiente de mentiras.

No hay un ser humano tan puro y abnegado que no tenga algún error oculto en el fondo de su conciencia y el honor le exige guardarlo. ¿Te he pedido yo cuenta de tu vida? ¿Te he amado, te he amado mucho sin.

Cárlos

(*iracundo, lanzándose sobre Leda*) Si continúas profanando el amor y la familia, creo que te estrangulo ¡miserable!

Leda

(*gritando*) ¡Mamá! ¡Mamá!

Mercedes

(*agitada*) ¿Qué ocurre? ¿Qué hay? ¡por Dios!

Cárlos

Que su hija es una perversita.

Leda

(*con altivez*) ¡Vete de mi casa! (*marcándole la salida con actitud dramática*).

(*Cárlos corre ciego de ira hacia la mesa de lectura y revuelve un cajón como queriendo coger una arma*).

Mercedes

¡Calumniador! ¡Calumniador!

(*Cárlos coge un revólver que halla en el cajón, y se precipita sobre Leda que retrocede espantada*

mientras doña Mercedes la escuda con su cuerpo dando voces).

¡Socorro! ¡Matan á mi hija!

Cárlos

(conteniéndose) No..... (arroja el arma al suelo). No mancharé mi vida con tu muerte. Vive..... sí, vive para que lentamente te mate mi desprecio.

(Sale Cárlos, y Leda cae desvanecida en los brazos de la madre).

FIN

LA CRÍTICA DE ESTA OBRA

LA CRÍTICA DE ESTA OBRA

Los hombres intelectuales de la prensa diaria de Buenos Aires consagran la actividad de su espíritu á las cuestiones políticas y económicas de actualidad, y las revistas de letras se nutren de colaboración gratuita compuesta de estudios detenidos sobre tópicos históricos, científicos ó literarios, estraños generalmente á la corriente momentánea de esta sociedad, de manera que aquí no se lee más crítica literaria ó artística que la que escriben los corresponsales europeos sobre las obras que aparecen en el viejo mundo, ó la que algún comedido se digna publicar rara vez en los diarios si consigue que le cedan espacio.

Esto por otra parte, es propio del estado actual de la sociabilidad argentina. No hemos llegado á la edad del arte. El arte, como lo ha demostrado Taine, es fruto de ambiente artístico.

Las obras de este género que alguna vez florecen aquí, brotan de gérmenes perdidos, exóticos ó atávicos, con las flaquezas y deficiencias de los embriones, y mueren por falta de calor propicio que las fomenta.

Para disfrutar del placer que proporciona el arte con cualquiera de sus manifestaciones, somos tributarios de la vieja Europa, siempre joven, graciosa, hábil y pensadora para refrescar el espíritu ó conmover el alma.

Cuestión Femenina no ha tenido, pues, crítica literaria propiamente dicha.

Sin embargo los cronistas teatrales, en su misión meramente informativa, al dar noticia del estreno de esta obra, han deslizado entre las referencias de los hechos materiales algunos juicios rápidos, según la impresión que cada uno ha recibido dentro de su capacidad y su cultura, y entre esos juicios se ha dicho brevemente de todo.

Alguno en forma respetuosa ha disentido con el fondo y tendencias de la obra concediendo al autor «rara pericia» para ser novel.

Otro ha dado su noticia sin aplauso ni censura, pero en estilo chabacano, con un no sé qué de irónico ó hiriente, creyendo acaso que por tratarse de un compatriota no debía usar la cultura mas habitual.

Otro se ha servido calumniar la obra, diciendo que está escrita con palabrotas, sin tener en cuenta que es más ineficaz calumniar un libro que á un hombre. El libro vive siempre inmutable para vindicarse.

Un articulista, benévolo y generoso, ha sido pródigo en aplausos y honrosos conceptos.

Otro, agresivo y enfático, le ha negado todo mérito, y lo que es un caso curioso de miopía intelectual, no ha visto la cuestión femenina, ni siquiera porque se agita desde principios del siglo en todo el mundo ilustrado.

Felizmente en dos noches consecutivas el público había acogido la obra con tan entusiastas aplausos que el autor estaba tonificado para recibir tundas.

Además los diarios extranjeros han tenido la franqueza de reconocer sin reticencias que Cuestión Femenina ha alcanzado «un éxito brillante».

Así es la crítica: siempre variada y contradictoria de un extremo á otro. Cuando es sincera es una manera de ver, y cuando es maligna es una manera de dañar.

Pero si poco se ha escrito sobre «Cuestión Femenina» en cambio mucho se ha hablado, lo que no es de extrañar tratándose de una obra que pone en tela de juicio dos cuestiones sociales de trascendencia como son la educación de la mujer y el divorcio. Es muy natural que haya suscitado disputas apasionadas. Cuestión Femenina tiene, pues, sus defensores y sus detractores, y entre estos últimos quienes la atacan con violencia mo-

tejiéndola de irreligiosa, de inmoral, de indecente, de escándalo social.

Esta oposición me parece lógica y natural. Cuestión Femenina prohiendo, aunque de paso, el divorcio, hiere creencias contrarias que hacen bien en defender los que las profesan.

Es precisamente el derecho de defensa el que á mí me mueve á escribir estas páginas para destruir las insidiosas murmuraciones, las pérfidas versiones que se han hecho circular sobre la moralidad de Cuestión Femenina, naturalista en su forma, como tiene que ser el estudio de las pasiones humanas en la vida íntima, pero profundamente moral en su fondo y sus tendencias.

Veamos si el teatro que le es familiar á la mejor sociedad de Buenos Aires carece de las situaciones escabrosas que se atribuyen á Cuestión Femenina.

Analicemos las obras dramáticas y lírico-dramáticas que esta sociedad está acostumbrada á celebrar en el Politeama y en la Opera y parangonemos su moralidad con la de aquella.

Empecemos por el teatro que nos ha dado últimamente Novelli.

L'Albergo del libero Scambio — La escena representa una alcoba en una casa de citas clandestinas, administrada por una condesa *auténtica*, á quien la decadencia de su fortuna y de su belleza ha llevado á la necesidad de albergar á personas

serias. ¡Ah! eso sí, á personas serias solamente. Puede consolarse el decoro, que allí no va nadie que no sea señor ó señora respetable.

Todo el argumento se desarrolla con apuros cómicos de señoras casadas que tienen allí citas amorosas y sienten á sus maridos en las piezas contiguas, lo que produce confusiones, errores, aflicciones, mujeres que huyen, hombres que se ocultan ó atraviesan la escena en calzoncillos.

Felizmente para la moral todo esto es sumamente gracioso y alegre.

Gli Spettri — Es un drama de hospital. Generalmente su representación es muy concurrida de médicos porque en el argumento se desarrolla una teoría científica, aunque ya vulgarizada y allí mal sostenida: la ley de la herencia.

El protagonista, un joven libertino, ofrece al público el proceso patológico de una lesión de venus, hereditaria, que no nombramos para no infestar esta lectura. En el primer acto la herencia se hace sentir con síntomas de ataxia locomotriz y en el último produce la demencia. En el trascurso de la enfermedad, mientras la madre del joven le está dando antecedentes al médico sobre el caso, refiriéndole que el padre de su hijo fué también un hombre disoluto, que entre otros excesos violó á una sirvienta, de quien tuvo una hija, la cual figura en la escena, se siente allí inmediato

un ruido extraordinario como de lucha violenta, que alarma á los interlocutores: es el joven enfermo que obedeciendo fatalmente á la ley de la herencia está forzando á su hermana, la hija que tuvo su padre, fruto de la violencia antecesora.

Ahorraremos al lector otros horrores de este drama sombrío en que tan aplaudido ha sido el actor Novelli por la exactitud de la interpretación.

L'Onore — Un señor marqués tiene bajo su protección á un matrimonio de gente pobre con dos hijos, varón y mujer. Al varón lo manda el señor marqués de dependiente á su casa, de comercio en la India, y entre tanto un hijo del señor marqués seduce á la chica que acaba por ser una perdida.

Cuando el joven formado en el comercio de la India, con todas las nociones del honor, regresa á su país y halla á su hermana deshonrada y prostituida, la llama á cuentas y pretende hacérla entrar por el camino del honor, á lo que ella cínicamente responde: ¡El honor!. . . . ¿y qué significa para mí el honor? Te parece que he debido casarme con algún zapatero ú otro pobre diablo por el estilo para lavarle la ropa ó hacerle la merienda, por que eso es lo que me habría cabido en suerte en mi pobre posición? ¿Creés que habría sido más feliz cumpliendo así con el honor?

No seas tonto. El honor tiene mérito en las altas clases sociales porque se convierte en respeto y consideración recíprocas, que son una satisfacción moral, pero ¿ para qué me serviría á mí el honor ? A lo menos en mi vida libre, si no tengo honor, gozo en cambio de los placeres materiales.

Esta tesis hiela la sangre; no puede ser más corruptora de las buenas costumbres en la gente humilde.

Pasemos por alto *Casa Paterna*, de la que se ha dicho que es una injuria á la dignidad de la familia.

Dejemos á Novelli en el Politeama y vamos á la OPERA, á ver si el drama lírico es más puro, siquiera porque asisten á él las candorosas vírgenes de la *haute*.

Mefistófeles—Una vieja cubijera, Marta, favorece la entrada de Fausto en casa de Margarita, niña inocente, que cae en brazos de su seductor, allí ante el público, y finalmente mata al hijo de sus amores para salvar su honor, y muere en la cárcel, loca de horror y de vergüenza.

Manon Lescaut, colegiala que fuga con un estudiante, Degriet, y lo arrastra por una vida crapulosa de robo, juego y estafa, hasta que es arrojada á los desiertos de América como basura humana, para lo cual asiste el respetable público á un desfile y embarque de repugnantes ramerás.

Bohème—Es la vida miserable y orgiaca de grietas y artistas pobres, con situaciones alegres y tristes de concubinato.

Tal es el teatro á que asiste esta sociedad, porque así es el teatro de todas partes, un juego de todas las pasiones, un estudio social y sicológico de la vida, donde se va á reir, á sentir, á pensar ó á aprender, y el que choca allí con un espectáculo que está fuera de su temperamento, de sus alcances, de sus gustos ó de sus creencias, debe irse á otro sitio más amoldado á su estofa y respetar siempre el arte que está más arriba del nivel común.

El teatro no es escuela infantil. La escena es anfiteatro donde se disecciona la especie humana, donde se investigan y se explican los fenómenos morales, y á manera que por un hospital pasan todas las enfermedades del cuerpo. atraviesan por la escena todas las enfermedades del alma. Por eso se ve en los espectáculos de teatro figurar seducciones, raptos, adulterios, infanticidios, estafas, vilezas, crímenes, disipaciones, avaricias, celos, egoísmos, hipocresías, sacrificios, abnegaciones, martirios, heroísmos, todas las fases, en fin, todas las luchas, impulsos, vicios, errores y glorias, luces y sombras que puede presentar el alma humana; y de su estudio, de su análisis, se saca una enseñanza moral, como de la autopsia se saca una verdad material.

La moral de un drama ó comedia que tiene una tendencia social debe buscarse en su idea dominante y no criticar frases aisladas que pueden ser duras ó groseras porque así cuadren al personaje que las dice ó á la situación que representa. El lenguaje de un personaje de teatro, así como sus acciones y maneras, deben ser adecuados á su educación, á su carácter, á su edad, á su sexo, al papel que juegue en la obra. Si la obra no es un estudio social y tiene forma indecente simplemente para hacer reir como «L'Albergo del libero Scambio», es una inmoralidad gratuita, sin objeto que la justifique, sin una idea elevada que la ennoblezca, puede y debe ser condenada; pero én el caso contrario, cuando se propone estudiar una doctrina fundamental, una cuestión filosófica, los incapaces de apreciarla deben callarse por respeto, y los inteligentes que tengan otros ideales discutirla con prescindencia de insignificantes detalles de forma, que no pueden hacer bien ni mal en un espíritu superior. Por eso si he comentado las obras citadas en el sentido de destacar sus situaciones obscenas, no he querido censurarlas, sino demostrar que el naturalismo en el arte puede tener un espíritu sano y benéfico como se ve en algunas de esas obras.

No habría virgen que no se sintiese más fuerte en su pureza después de leer Fausto, el poema de Gœthe.

No habría hombre que no odiase el vicio después de asistir al tético drama de Ibsen.

No puede haber madre que no anhele una educación de trabajo para su hija en presencia de la deshonra de Leda.

Cuestión Femenina plantea esta tesis: la educación puramente intelectual que se da á la mujer pobre la pervierte, porque refinando su espíritu enciende en su imaginación anhelos irrealizables dentro de sus escasos recursos, y no bastándose á sí misma especula con su juventud y su belleza para conseguir un marido. Esta busca de marido para sostenerse, esta urgencia de marido para salvarse, con prescindencia de todo afecto ó simpatía, es una necesidad deprimente, es una perversión, porque, lo ha dicho una mujer: «el matrimonio « por amor es el más bello símbolo externo de la « unión de las almas, pero el matrimonio sin amor « es el tráfico más sucio que deshonra al mundo », y este tráfico se hace indispensable en la vida de la mujer que no es capaz de sostenerse á sí propia.

Esta es la idea fundamental de Cuestión Femenina, llamada así porque atañe más directamente á la mujer. No es sino una faz del feminismo, de la emancipación de la mujer, que se debate actualmente en Europa y en Norte América, y solamente por ignorancia del movimiento intelectual del mundo puede haberse desconocido ese espíritu.

Puede ser interesante para la historia de la literatura nacional, dejar aquí escrito, á manera de piedra miliaria en el camino de la sociabilidad argentina, marcando una etapa de su civilización, acaso el último resabio de su espíritu aldeano, que Cuestión Femenina ha sido reputada inmoral.

¿Será por gente que ve el mundo á través de la « Crónica social » de los diarios ?

El mundo es más grande que una columna de diario. La gente que por allí desfila es feliz, no le hace falta nada, dejémosla disfrutar de su lujo.

Nos conviene que brille, es la *mise en scene* de nuestra civilización y nos conviene pasar por civilizados.

Pero también nos conviene ser sanos de cuerpo y alma, y eso es una gran dificultad para la mujer pobre. Es preciso hacer buenas madres si queremos tener buenos ciudadanos.

La Leda es una mujer que abunda como fruto de su educación y de su ambiente, mezcla de bueno y malo, un tanto cínica, algo impúdica, algo honesta, especie de *demi-vierge* con anhelos de virtud y de respeto social, que apetece el bien, la familia, el hogar, y la persigue el mal, la tentación, la asechanza, sombras de su ineptitud y de su pobreza.

Hay que regenerar á esas desgraciadas. Esa es la tendencia de Cuestión Femenina, y evidencia

el mal para que los hombres de gobierno busquen el bien.

Es algo verdaderamente increíble el que se haya desconocido que todo esto entraña una cuestión social, grave y trascendente.

Leda misma la establece claramente, más ó menos en estos términos: si no nos educan para el trabajo no podemos subsistir por nuestros esfuerzos, necesitamos imprescindiblemente del hombre, y si el hombre elude el matrimonio porque la vida de familia es cara y difícil ¿de qué vivimos?

Es la falta de personalidad propia que le asegure una existencia honrada é independiente lo que preocupa seriamente á la pobre Leda.

Al sentirse sin punto de apoyo en la vida busca sistemáticamente un marido.

Es inteligente, es fina, es sutil, ama la vida porque es joven, no quiere caer, no quiere hundirse, desea casarse y maquina entre dos pretendientes á ver cual se decide primero. Esta conducta no es una perversión ingénita en ella, es el resultado de una necesidad material que concluye por pervertirla. Su buen tío don León le apunta los peligros de la empresa y le dá este consejo: conserva la honestidad que es la que rinde al hombre ante la mujer.

Obsérvese ¡qué inmoralidad! ¡qué palabrotas hay en ese concepto!

Como no es fácil que una mujer se roce impunemente con dos hombres, mucho menos si no tienen la intención de respetarla, Leda pierde la partida, porque el hombre de posición rara vez trata de buena fé á la mujer pobre.

El hombre—que en las dificultades de la vida se ha hecho previsor—es generalmente utilitario para casarse, de suerte que esa señorita refinada y pobre que nos forma la educación común, si tiene padre ó hermanos que la hagan respetar con su vigilancia en sociedad nadie se le acerca, pero si es sola ó simplemente con su buena madre—una señora cándida—entonces los festejantes se la disputan para perderla. La niña, á quien no le han enseñado sino vanidades, se estima en mucho más de lo que vale, cree decididamente que enloquece á sus adoradores con su juventud, con su belleza, con su virginidad, y como el ave de la fábula se deja aprovechar por el zorro embobada por las lisonjas.

A veces se resigna á su desgracia, renuncia á la sociedad, se consagra á su hijo y descende, por el peso de su culpa y de la miseria, á vivir en la última clase, de sirvienta ó pequeña industrial.

Otras veces se suicida con fósforos ó carbón. Pero otras veces se seca las lágrimas, hace que se rie, y llena de encóno y amargura vuelve al mundo, allí donde pérfidamente le arrebataron la

flor de su inocencia, á arrancar ella también ojo por ojo, diente por diente, y suele encontrar un buen sujeto, de esos que creen que el hombre tiene el deber de formar familia que lo aplaste, con quien logra casarse, y es feliz ó desgraciada, según rueden los sucesos.

Así hizo Leda. ¡ Cayó ! ¡ Pobre Margarita ! Pero espíritu más fuerte que otros oculta su falta, no renuncia por eso á su conservación social. Esto es muy humano. Encuentra al fin con quien casarse y se casa. Tal vez no lo habría hecho si hubiese sabido ganarse la vida decorosamente con su trabajo personal.

La fatalidad quiere que se descubra su deshonra; estalla la catástrofe en el hogar. He ahí la viacrucis de la pobre Leda: perdida por su ineptitud para el trabajo, por su necesidad social de marido, necesidad que ha pervertido su carácter, educación corruptora que la ha llevado al abismo.

Leda no es sin embargo la más mala de las mujeres: no ha muerto á su hijo.

Al tiempo que aparece esta obra en Buenos Aires la justicia está ocupada en procesar á las parteras porque se ha descubierto una mina de infanticidios y las disoluciones de fetos son incalculables. Los periódicos que se ocupan de la cuestión reclaman la restauración del torno en la casa de expósitos, como si las madres matasen á

sus hijos por no mantenerlos. Los matan porque la maternidad es una deshonra, y entre tanto no la pueden esquivar porque es una pasión natural.

Mientras la moral esté en pugna con la naturaleza seguirán matándolos, y si no pueden matar á los hijos se matarán ellas, las pobres madres.

No se crea que soy revolucionario. Consigno simplemente lo que pasa.

Y bien, en sociedad hay muchas Ledas y Cárlos. Lo menos que puede pedirse para un Cárlos es el divorcio. Esto se toca de paso en Cuestión Femenina, no es la idea principal como lo ha dicho algún diario.

¿ A qué discutir el divorcio ?

Es cuestión controvertida. Mr. Naquet la ha agotado. La convicción pública, inteligente y honrada, reconoce que el matrimonio tiene que ser un contrato civil rescindible cuando moralmente no puede conservarse. Este principio está incorporado al orden público de los países más adelantados y un día ú otro llegará á regir aquí también. Ya lo inició en el Congreso el Dr. Balestra.

Habría que parar la carrera del tiempo para evitarlo, y no se crea que es un ataque á la religión. La religión es buena, moral, necesaria y conveniente, pero no debe meterse en la vida administrativa del país.

« El divorcio, dice un autor francés, ha venido

á ser la divinidad tutelar que preside la ceremonia nupcial. Su sombra se cierne sobre el registro civil para animar á los indecisos y consolar á los melancólicos. » En cuanto á la mujer que cree más en la Iglesia que en el Estado, no se equivoque: rezar es bueno, pero mejor es trabajar. Se afianza más la virtud con el trabajo que con los rezos. La mujer que no sabe trabajar no es dueña de su virtud, se la debe al hombre que la sostiene.

No soy enemigo de la religión. Al contrario, creo que todas las religiones son buenas, porque todas tienen un fondo de moral. Además la religión es un freno para los malos, un refugio para los pecadores, un consuelo para los afligidos y una esperanza para los creyentes.

Buena falta le hace á la pobre humanidad creer que tiene una áncora de salvación en las borrascas de la vida.

Libreme Dios de combatir la fe de nadie.

No ha mucho he tenido entre mis manos, por razones profesionales, los elementos para llevar á la cárcel al cura de una de las parroquias más centrales de esta ciudad, que celebró un matrimonio religioso sin haberse realizado el contrato civil, y entregó al concubinato á una mujer honesta que se creía realmente casada. Me he limitado á salvarlos, colocando á los esposos y á los hijos en condiciones legales.

Podría sacar un interesante argumento dramático, lúgubre y terrible, de una estafa llevada á cabo por un abogado vicentino á la sombra de la sociedad de San Vicente de su parroquia, en una familia sencilla que vivía holgadamente de su renta y que ha quedado reducida á la miseria. Es un episodio lleno de formas hipócritas y odiosas, pero la publicidad de esos escándalos desprestigiarían la Iglesia, que yo respeto profundamente. No soy ni impío ni inmoral.

Las voces de alarma que se han lanzado al redor de Cuestión Femenina, cuya moralidad ninguna persona inteligente osará poner en duda, podrán ser écos de mojigatas y tartufos ó simplemente de mal intencionados, pero sepan unos y otros, que si algún objeto tuviese en mi vida hacer escándalo, haría obra de varón: me presentaría en la prensa y haría justicia escandalosa por su resonancia: tomaría de las orejas á algunos pillos importantes que tienen un pié en la iglesia y otro en el gobierno — como queriendo amarrarse á dos anclas con su *chusma high-life*— les pegaría un puntapié atrás y se los tiraría á la muchedumbre para que los revolcase con su hocico de cerdo. Conozco á los hombres y las instituciones de mi país, y me sobra alma para todos los extremos, pero yo no tengo la misión de procesar ni juzgar á nadie, que tan mal cumplen los que la han aceptado.

Apenas si por pasatiempo, á falta de vicios que me entretengan, me ocupo—en formas que placen á mi espíritu—de tocar con la pluma ciertas llagas sociales para que los hombres de gobierno las miren y las curen.

Por otra parte, crea la mujer que la virtud no se hace ni se deshace con palabras, y que un oído susceptible no la hará más moral.

La virtud es una acción poderosa con que se contribuye á la felicidad de los demás, y no consiste solamente—como tal vez piensan algunas damas—en cultivar el proselitismo religioso sirviéndose de la beneficencia.

También la idea del bien en una pieza *inmoral* de teatro puede ser una gran virtud.

No les estará de más conocer algunos conceptos con que un hombre de cerebro poderoso, un benefactor de la humanidad por las útiles verdades sociológicas que ha evidenciado, el famoso Stuart-Mill, dedica á la acción femenil que tanto engríe á la mujer argentina:

« Alguna influencia ejerce no obstante, la mujer
« en la moralidad política, desde que su esfera de
« acción se ha ensanchado un poco. Su influen-
« cia se manifiesta de realce en dos rasgos de los
« más admirables y simpáticos de la vida moderna
« en Europa: la aversión á la guerra y el amor á la
« filantropía. ¡Excelente manifestación del influjo

«femenil! Por desgracia, si el ascendiente de las
«mujeres merece elogios en cuanto propaga tales
«sentimientos, no siempre acierta en dirigir su
«marcha y desarrollo. En las cuestiones filan-
«trópicas, los ramos que cultiva la mujer con el
«mayor celo son el proselitismo religioso y la
«beneficencia. El proselitismo religioso no es más
«que soplar sobre el fuego de la intolerancia y
«fanatismo, y camina en la línea recta, sin adver-
«tir los efectos funestos que hasta en la misma
«religión causan los medios que emplea. En
«cuanto á la beneficencia, ya sabemos que están
«en abierta contradicción sus efectos inmediatos
«sobre las personas socorridas y sus consecuen-
«cias para el bien general.

«La educación que se da á las mujeres y que
«obra sobre el corazón más que sobre la inteli-
«gencia y la costumbre, fruto de todas las cir-
«cunstancias de su vida, de considerar los efectos
«inmediatos en el individuo y no los efectos
«generales en la sociedad, estorban á la mujer
«para que vea y reconozca las tendencias, en el
«fondo perniciosas, de una forma benéfica que
«lisonjea el sentimiento y dilata y recrea el cora-
«zón. La masa enorme y siempre creciente de
«sentimientos ciegos, dirigidos por gentes mio-
«pes que solo aspiran á hacer el papel de Provi-
«dencia, tomando á su cargo la vida y las acciones

« del pobre, mina los verdaderos fundamentos de
« las tres reglas morales, que consisten en respe-
« tarse á sí mismo, en contar consigo mismo y en
« ejercer imperio sobre sí mismo, condiciones
« esenciales de la prosperidad del individuo y de
« la virtud social. La acción directa de las mujeres
« y su cooperación agravan sin tino ese despil-
« farro de recursos y de benevolencia que produce
« males, proponiéndose engendrar bienes. No es
« mi ánimo acusar á las señoras que dirigen insti-
« tuciones de beneficencia ni presentarlas subyu-
« gadas por este error», y por mi parte, si con
mis sentimientos hubiese de elevar á la mujer
argentina alcanzaría el más alto rango en la dig-
nidad de su sexo.

OSVALDO SAAVEDRA.

